EL CASTO ROSALBO

POR

FRANCISCO R. GONZALEZ
(Fósforo.)

¡Arte! De tu luz el brillo
préstame de cualquier modo,
ya que te aplicas á todo
como el ungüento amarillo.

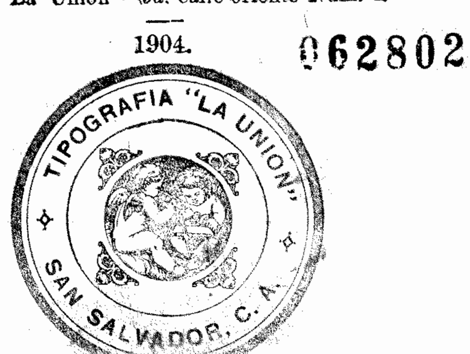
M. del Palacio.

DUTRIZ HNOS. Editores.

SAN SALVADOR,

Tip. "La Unión"—9a. calle oriente Núm. 4.

1904.



A mi amigo

Don Enrique Chacón

DEDICO ESTAS PÁGINAS.

Fósforo.

San Salvador, junio de 1904.

I

—Ven, Rosalbo, siéntate aquí, á mi lado, y escúchame; pero ante todo, haz que salgan de este aposento esos malditos perros cuyos gruñidos me crispan los nervios. Pues bien, Rosalbo, tu padre tiene un gran remordimiento: soy inmensamente rico, bien lo sabes, y sin embargo, te he obligado á vivir como un salvaje en estos remotos campos, libre como un potro, lejos de toda comunicación con las gentes cultas; tienes ya veinte años y apenas sabes saludar á las personas, no como saludan los hombres civilizados, sino con genuflexiones de gañán; tiempo es ya de que conozcas la sociedad: eres buen mozo; no eres ningún tonto de capirote; creo que con un poco de roce social podrías en breve tiempo recobrar todo lo perdido á ese respecto; estoy empeñado en que te caiga el pelo de la deshesa; ya soy viejo: cualquier día estiro la pata y no me gustaría que mi único heredero

quedara en el mundo haciendo el papel de estúpido. Prepárate, pues, para marchar á la ciudad N*** y.... he dicho!

Rosalbo, que después de hacer salir á sus perros se había quedado con la boca abierta escuchando sin parpadear las palabras del autor de sus días, rompió á llorar al comprender la gravedad del asunto de que se trataba. ¡Cómo iba á conformarse Rosalbo con abandonar así porque así su hermosa yegua normanda, sus lindos perros de caza, sus escopetas que no erraban nunca; y luego, separarse de aquellas campesinas coloradotas que en las noches de luna le contaban el cuento del "Tío Coyote" y el del "Caballito de siete colores", y que más de una vez le habían dado á beber agua fresca en el hueco de sus manos!

—Ea, basta ya de sollozos!—prorrumpió don Escolástico, así se llamaba el buen papá—vé á comenzar los prepa-

rativos del viaje; yo, entre tanto, me ocuparé en escribirle á mi hermana Honoria, que reside con sus hijas y su marido en N*** para que seas acogido en su casa con todas las atenciones que mereces.

Rosalbo salió de la habitación frotándose los ojos con el revés de la mano, mientras su padre, mirándolo alejarse decía hablando consigo mismo:

—Ya me lo imagino bailando magistralmente un rigodón en alguna fiesta galante, ó hablando de política japonesa con los hombres de seso. Es un muchacho que promete y que me compromete!

II

Rosalbo se despidió de los campesinos con un abrazo y de las campesinas con un beso; después montó en su briosa mula andadora y desapareció por un sendero que se perdía en el bosque.

La inesperada partida de Rosalbo llenó de consternación á los lugareños; que todos, cual más cual menos, habían recibido de él favores y agasajos de esos que no se olvidan nunca.

Después de caminar catorce leguas y ya muy avanzada la noche, nuestro rústico joven divisó las primeras luces de la ciudad.

Y á las dos de la mañana echaba pié á tierra delante de la suntuosa morada de doña Honoria de Clavijo.

Inmediatamente llegóse á la puerta y llamó repetidas veces con toda la fuerza de su puño.

Nadie, sin embargo, se dió por aludido en aquella mansión donde reinaba el más profundo silencio,

Uno de esos trasnochadores que nunca faltan en las grandes ciudades acertó á pasar en aquellos momentos al lado del viajero.

Hízole Rosalbo una profunda reverencia y díjole quitándose el sombrero:

—Señorito, por el amor de Dios, quisiera su merced decirme si no me han engañado, si realmente es aquí donde vive mí tía?

—Caballero—respondió el desconocido—yo no sé si será tía de usted la señora que habita en esta casa, pero se llama, con toda seguridad, Honoria de Clavijo.

—Cabal! Esa esa es mi tía señorito!

—Me alegro mucho.....

—Y vea su merced: yo no quería venirme; Dios es testigo de que este viaje me cuesta muchas lágrimas.

El noctámbulo comprendió que estaba hablando con un alma cándida y pura y siguió adelante el diálogo diciendo:

—Conque es usted sobrino de doña Honoria de Clavijo? primo hermano de las lindas señoritas de Clavijo? ¡Oh, cuánto me alegro de conocer á usted! Caballero deme un abrazo!

—Un abrazo? Virgen santísima! Se

va á manchar su vestido señorito! Estoy lleno de barro!

—Así echára á perder mil vestidos, no me privaría del placer de estrecharlo á usted contra mi corazón! Ya le estimaba á usted sin conocerle!

—Cómo sin conocerme? Eso sí que es pura mentira señorito! porque dígame su merced: si yo no conozco esta mula, ¿cómo voy á estimarla, nó sabiendo si es de trote ó andadora, si es prieta ó si es tordilla?

—Sucede que cuando uno se encuentra con personas de la misma sangre.....

—¿Es también su merced primo de las niñas de Clavijo?

—No, caballero, soy simplemente amigo de la casa: Teodorita y Lorencita me honran con su cariño desde hace ya mucho tiempo; también me favorece con su amistad el señor don Senotafio á quien admiro, no solamente por ser el más fiel de los maridos, sí que también

por su bien sentada fama de pescador de caña.

—Ah, sí! Ya mi padre me había hablado de lo bien que lo sabe hecer en el agua el marido de mi tía.

—Ya ve usted, pues, que estoy en antecedentes... En conclusión: venga otro abrazo y conste que á todos ustedes los estimo como cosa propia.

—Qué siento no tener aquí mi yegua normanda para regalársela á su merced! qué yegua, señorito! Patas blancas, trote largo y una boca que hasta allí!

Al acabar de decir esto, Rosalbo se volvió para dar tres aldabonazos en la puerta.

—No llame usted de nuevo—dijo el desconocido—sería en vano: son pasadas las dos de la madrugada y á tan altas horas nadie en esta, ni en otras muchas, casas abandonaría el lecho aunque llamara el mismísimo señor Obispo.

—Válgame Dios! y qué dormilones son mis parientes!

—Lo mejor será que vuelva usted á una hora competente: por de pronto, si usted gusta, puede reposar un rato en mi cuarto, el que tengo la satisfacción de poner á las órdenes de usted: queda á siete cuadras de aquí.

—Dios clemente ! Eso sería mucha molestia para una persona tan civilizada como su merced!

—De ninguna manera: usted me ha simpatizado demasiado y serle útil será desde este instante todo mi afán; basta con que usted sea sobrino de doña Honoria para que yo me ponga incondicionalmente á sus órdenes.

—Pero, dígame, señorito, y allí donde vive su merced habrá un pienso para mi mula ?

—Para todos nosotros, caballero !

—Vamos, pues, andando: Dios le ha de pagar á su mered este servicio allá en la

otra vida. Créame que si yo tuviera aquí mi yegua normanda....

III

Llamábase el trasnochador en cuestión Lindoro Rosicler, famoso calavera que pasaba las noches viendo rodar sobre el tapete verde las muelas de Santa Apolonia; apurando á cortos intervalos copitas de cominillo y suspirando sin cesar por viudas, solteras y casadas.

Cuando quiso la casualidad que se encontrara con Rosalbo, venía de perder hasta la última peseta; más como quiera que los jugadores tan frescos se quedan perdiendo como ganando, cosa muy natural nos parece que haya desplegado tan buen humor en la conversación que sostenía con el rústico viajero.

Oigamos de qué manera continuaron nuestros personajes el diálogo al penetrar en el cuarto de Lindoro:

—Conque su padre de usted es un propietario muy rico?

—Toma! Solo en un cofre que ha enterrado al pié de la higuera tiene quinientos paquetes.

—Quinientos paquetes! Y cuántos durillos contiene cada paquete?

—Toma! Ni un durillo! Todos son pesos fuertes.

—Y dónde queda esa higuera?

—Esa higuera? Pues dónde había de quedar? á la entrada del cortijo, á mano derecha.

Rosicler temblaba de emoción.

—Lástima grande—dijo suspirando hipócritamente—que su estimable padre, siendo como es, tan rico, tenga sus ribetes de avaro: seguro estoy de que apenas le ha dado á usted para el viaje uno tan solo de aquellos insignificantes paquetitos. Yo juraría que no pasan quince días sin que empiecen para usted los apuros metálicos.

Rosalbo respiró anchamente y exclamó:

!Su merced no sabe lo que es mi padre: rejistre mis alforjas y se convencerá de que me ha dado mucho más.

Lindoro sin pérdida de momento salió al patio, acercóse á la mula que aún permanecía ensillada esperando el pienso prometido; separó las alforjas de la silla, echóselas al hombro y entró de nuevo en la habitación.

A Rosalbo le parecía todo aquello muy divertido.

El trasnochador registró las alforjas á la luz de la vela y cuál no sería su asombro al ver que cada una contenía cuatro paquetes de metal amarillo: *american gold!*

Disimuló su emoción Lindoro y dijo colocando nuevamente en su sitio la tentadora suma:

—Es poca cosa para un joven que viene á darse la gran vida!

—No tenga su merced cuidado por eso: cuando se acabe lo que traigo, pediré más: la higuera responde de todo.

—Pues bien, querido amigo Rosalbo, puede usted dormir á pierna suelta: esa humildísima cama le pertenece á usted; yo, por mi parte, procuraré conciliar el sueño sentado en esta mecedora. Y á propósito, le haría á usted daño una copita de ron ?

—Ron ! Qué es eso de ron ?

—Es un licor inofensivo que sirve para recuperar las fuerzas perdidas.

—Ah !

Lindoro extrajo del fondo de su baúl una botella comenzada y le escanció un buen trago al incauto mancebo. Este lo apuró instantáneamente y dijo haciendo pucheros:

—Es picante como el diablo !

—Ahora, á dormir !—profirió Lindoro sentándose en el sillón y estirando las piernas voluptuosamente—la vida es sueño !

Rosalbo, que no deseaba otra cosa, se tumbó vestido en el lecho y al cabo de diez minutos roncaba como un violón.

—Ya es tiempo!—se dijo entonces Lindoro levantándose sin hacer ruido—que duerma ese angel de Dios el sueño de la inocencia, mientras este pobre mortal toma las de Villadiego.

Cinco minutos después el famoso Lindoro, caballero en la mula de Rosalbo, atravesaba las calles de la callada ciudad de N*** con ánimo de no volver á verlas en muchos días.

IV

A eso de las once de la mañana, tres agentes de policía se acercaron á la puerta del cuarto donde Rosalbo dormía aún, y uno de ellos dijo en voz baja:

—Aquí es la madriguera; mucho ojo y mala intención!

—Estás seguro de ello?—preguntó con

desconfianza el más feo de los agentes.

—Cuando yo lo digo! A mí que no me vengan con ciertas dudas!

—Pues manos á la obra, camaradas!—dijo el más decidido, y sin más ni más los tres policiales comenzaron á golpear la puerta con sus garrotes.

Rosalbo despertó ¡naturalmente! y saltó del lecho lleno de sorpresa diciendo para así:

—Qué descuido! Ya se soltó el ganado! Pero qué hacienda será ésta? Jesús y qué cornadas!

—Abra ó derribamos la puerta!—dijeron á coro los agentes.

—Puesto que no son terneros, nada hay que temer—pensó Rosalbo y fue á abrirla de par en par.

Entonces, sin darle tiempo para defenderse, los tres policiales se apoderaron del campesino y en un decir Jesús le pusieron las abrazaderas.

—Es usted Lindoro Rosicler?—preguntó un agente de austera faz.

—Cómo es eso de Rosicler?— dijo

---

el mancebo mirando con ojos asombrados al que le interrogaba—¿qué cuento es ese de Lindoro Rosicler? qué quieren de mí sus mercedes?

—Llevarlo á la policía!

Rosalbo no comprendió é hizo esta pregunta:

—Y por qué no me llevan á casa de mi tía Honoria? Nó estaría mejor al lado de mis primas?

—Déjese de disimulos!—dijo el de la austera faz—conozco á los anarquistas á la legua; usted es el que antenoche se proponía volar por medio de una máquina infernal la casa del señor Alcalde.

—Volar!—dijo Rosalbo elevando al cielo los ojos.—Sí! Volar quisiera yo, pero hacia mi casa! al lado de mi padre, y de mi yegua, y de la Rosalía, y de la Dolores, y de la Tiburcia, y de todas las que á estas horas están llorando mi ausencia!

Después, mirando con curiosidad las abrazaderas, exclamó:

—Y para qué me han puesto estas argollas tan gruesas?

—Para conducirlo con más seguridad —dijo el menos bigotudo de los agentes.

—Dios mío! qué costumbres tan particulares tienen las gentes civilizadas!

Rosalbo se dejó conducir tranquilamente á presencia del jefe de la policía.

—Se le ha mandado capturar—dijo este,—porque se sabe positivamente que usted es un anarquista peligroso.

—Señor—replicó Rosalbo—yo no entiendo ciertas palabras que hablan las personas de las ciudades: el único que se ha expresado claramente con migo, es un señorito muy bien educado que anoche me dió posada en su cuarto; si él estuviera aquí podría responder mejor que yo á esas preguntas.

—Luego no se llama usted Lindoro Rosicler?

—Señor militar: yo me llamo Rosalbo, mi padre se llama Escolástico,

mis primas se llaman Teodorita y Lorencita y mi tía se llama Honoria de Clavijo.

—Honoria de Clavijo? conozco á esa respetable matrona. Y ese individuo que le dió anoche posada, cómo se llama?

—No quiso decirme su nombre; yo creo que no tiene ninguno.

—Y dónde y cuándo hizo usted conocimiento con ese individuo?

Rosalbo refirió todo lo que sobre el particular saben nuestros lectores, concluyendo así su relato:

—Lo que me ha llamado la atención es que ni el señorito, ni la mula, están donde debieran estar.

—Ahora lo comprendo todo— murmuró el jefe de la policía levantándose— sírvase acompañarme, mi querido joven.

V

Iban á sentarse á la mesa las de Clavijo, cuando un criado anunció al jefe de la policía.

El rostro de doña Honoria se cubrió de mortal palidez.

Ella, la noche anterior, en una tertulia, había dicho que el gobierno era enemigo del bello sexo y de los curas; que el día que la mujer despertara de su letargo y los curas también, no quedaría piedra sobre piedra; que las rentas nacionales desaparecían como por encanto; que ya se hacía necesaria una revolución de faldas; que la patria estaba en peligro y que los hombres ya no servían para maldita la cosa.

Por aquel tiempo estaban suspensas las garantías individuales y era muy lógico suponer que el jefe de la policía no la buscaba para darle dulces de Bengoa y Compañía.

Armose de valor sin embargo y dijo con afectada tranquilidad:

—Que pase ese miembro de nuestra decrépita institución policiaca, mal lla-

mada brazo derecho de la sociedad! Qué pase!

—Inmediatamente el funcionario público, acompañado de Rosalbo fué introducido á la sala.

—Estoy á sus órdenes—profirió la de Clavijo abanicándose desesperadamente.

—Señora—murmuró el jefe—este joven que me acompaña dice ser sobrino de usted y anoche desgraciadamente....

—Yo no tengo sobrinos, caballero! Déjese de rodeos: sé la suerte que me espera: he dicho que las rentas nacionales desaparecen como por encanto y lo sostengo!

—Señora, usted está en su derecho al pensar como mejor le acomode pero....

—Traigo una carta de mi padre para

usted, tía—interrumpió Rosalbo poniéndose colorado.

—A ver esa carta—dijo doña Honoria mirando de pies á cabeza al campesino.

—Aquí la tiene usted.

La exaltada matrona desgarró el sobre con mano segura y leyó lo que sigue:

"Mi querida hermana:

" Tengo el gusto de presentarte á mi
" hijo Rosalbo de quien tantas veces te
" he hablado El pobrecillo ha pasado
" toda su vida en el campo y está hecho
" un gato montés; te lo envío para que
" hagas de él un hombre de sociedad;
" quiero que brille en los salones; que
" aprenda, en una palabra, á ser gente.
" Lleva mil pesos en oro para sus gas-
" tos de un mes. Pronto llegará uno de
" mis criados por la cabalgadora. Tu
" hermano que no te olvida.—*Escolásti*
" *co Alpargata.*

Terminada la lectura de la carta:

—Sobrino mío!—esclamó la de Clavijo poniéndose en pié y abrazando espasmódicamente á Rosalbo—eres el retrato de tu difunta madre!

—Señora—prorrumpió el jefe— acabo de dictar una orden de captura contra cierto individuo que, abusando de la candidez de este jóven le ha robado anoche el dinero y la bestia que traía.

La de Clavijo en vez de mostrarse agradecida hácia el celoso empleado que tanto interés tomaba en el asunto, exclamó con desdén:

—Conque se ha cometido un robo y es usted el que viene á contármelo? Qué descaro! Qué será de la gente honrada á merced de los pícaros que nos amenazan?

El jefe quiso disculparse, como hombre bien educado, pero la de Clavijo, al par que arreglaba los bucles que caían sobre su frente, siguió diciendo:

—Después me vendrá usted conque no han capturado al ladrón, con que no saben ni su nombre siquiera!

—No tanto, no tanto, señora—dijo el jefe—el nombre del ladrón es Lindoro Rosicler.

En este instante las mejillas de doña Honoria tornáronse blancas como la cera y vacilaron sus piernas cual si fuese á desmayarse, más recobrando de pronto todas sus energías, exclamó con voz entera:

—Oh, sí! que lo capturen cuanto antes!

—Sí, que lo capturen!—repitió Rosalbo con entusiasmo.

El jefe de la policía se despidió en seguida diciendo para su capote:

—Aquí hay gato encerrado!

VI

Hemos visto perder la color á la tía de Rosalbo al oír pronunciar el nombre de Rosicler.

Procuraremos explicar la causa de este fenómeno.

Doña Honoria habíase casado en segundas nupcias con don Senotafio Culebrina y Clavijo, hombre inofensivo, honesto, discreto, enemigo de la lectura y muy dado al inocente *sport* de la pesca.

Alababa en su esposo doña Honoria, ese tino que solo él tenía, de no fastidiar con su eterna presencia á su cara mitad, pues de los doce meses del año, seis ó siete se los pasaba en el río, con el agua hasta las rodillas, pescando á toda hora del día y de la noche peces que muchas veces resultaban ser zapatos viejos ó ratas muertas.

Era, pues, feliz, doña Honoria con su pescador de caña porque cuando este se hallaba ausente, ella se entregaba con toda confianza en brazos...., del destino. . .

Y cuando don Senotafio regresaba á su casa, con la tez tostada por el sol,

TIPOGRAFIA "LA UNION", novena calle Oriente, casa número 4. Teléfono número 159.

encendidos los ojos, dolientes los brazos y despidiendo un penetrante olor á pescado muerto, doña Honoria sufría horriblemente, pero fingía amar con delirio á su marido y era de verla deshaciéndose en lágrimas, echándole en cara su despego, su indiferencia y su frialdad. . .

Por supuesto que cuando don Senotafio había agotado ya su extenso repertorio de disculpas, ella se lo comía á besos, besos que indistintamente recibía el pescador de caña, en los ojos, en las orejas, en la nuez y hasta en la punta de la nariz.

No era doña Honoria una beldad fascinadora, ni mucho menos, pero tenía la gracia de ser coqueta, y de ahí que no le faltaran cartitas qué contestar ni flores simbólicas qué recibir.

Lindoro había sido el último en llegar con sus billetitos impregnados de amor y de ternura, y tal vez por eso habíasele mostrado tan esquiva.

Cierto que contestaba las perfumadas misivas de Lindoro, pero con lápiz y llenas de frases como estas: "ruégole caballero, que desista de su empeño porque no soy l bre", "la lengua de la gente es muy viperina", "no sea ingrato, procure olvidarme", "haga todo lo posible por borrarme de su memoria."

No era Lindoro de los que facilmente echan pié atrás cuando acometen amorosas empresas: bastante hubo de luchar, dicho sea en honor de doña Hononoria, pero al fin logró el *sí* por tanto tiempo ambicionado.

Más no se vaya á creer que el *sí* vino así, á la diabla, sin condiciones previas.

Eso hubiera sido coger el cielo con las manos.

No, lector amigo: doña Honoria dió el *sí*, á condición de que Lindoro se hiciera anarquista y se convirtiera desde aquel instante en infatigable defensor de de las negras doctrinas que sustentaron Cozogoltz y Angiolillo.

VII

Al contrario de su marido, doña Honoria leía mucho: leía libros, periódicos

y folletos incendiarios por la mañana, y deboraba libros, periódicos y folletos místicos por la tarde, de tal manera, que al lado de la perfumada flor de la piedad, brotó en su corazón la hiedra del anarquismo: Dios y el diablo se habían metido á un mismo tiempo en el espíritu de doña Honoria.

Para doña Honoria no había curas malos, ni malos escritores piadosos; en cambio, en su sentir, no había en la tierra gobierno bueno fuera del de Su Santidad, y tenía á todos los monarcas y presidentes contemporáneos en un concepto tristísimo.

—Me da náuseas el Czar de todas las Rusias—dijo un día en una conversación de sobremesa—y me inspira el más profundo desprecio ese hereje de Loubet. Afortunadamente yo no sóy francesa!... Eduardo Séptimo no es menos cursi; todo se le va en ceremonias como si fuera una gran cosa!... Dicen que ese necio de Roosevelt se rompió un hueso por andar de metido en un automóvil; buen provecho le haga!..Yo no sé por qué no han hecho picadillo los alemanes á

Guillermo y los españoles á Alfonsito!.No quiero mencionar al Sultán de Turquía: á ese mamarracho de Sultan de buena gana le daría yo un puntapié en mala parte; ni quiero hablar de los presidentuchos de la América Latina: estos si que me causan compasión; gracias á Dios que á ninguno de ellos se le ha ocurrido galantearme.

Como se ve, doña Honoria no se paraba en pelillos para poner como no digan dueñas á todos los que mandan en este mundo.

VIII

Para Teodora y Lorenza la llegada de su primo Rosalbo fue un feliz acontecimiento. Si hubiera sido este un hombre de mundo á buen seguro que no estuvieran tan risueñas y expansivas, pero se trataba de un ser candoroso y bello, como ellas jamás lo habìan visto, ni soñado, y bien podían darse el placer de abrazarlo y mimarlo impunemente. Lorenza, sobre todo, hubiera deseado ser pulpo para aprisionarlo entre sus múltiples tentáculos.

A Rosalbo no le sabían mal aquellas caricias; pero se hacía el remolón y rechazaba suavemeate á sus primas sonriendo con expontánea sonrisa.

Viendo que el horno se calentaba demasiado pronto.

—Niñas, niñas—profirió doña Honoria en son de reproche—sean ustedes más moderadas: yo no quiero que acabe ahogado mi sobrino.

—Bah! ni que fuera pecado!—dijo el mancebo encogiéndose de hombros—las muchachas del cortijo hacían lo mismo y aquí me tienen ustedes con todos los huesos cabales.

—Hola, hola, conque te dejabas querer de las muchachas del cortijo?—exclamó Teodora dándole á su primo palmaditas en las mejillas.

—Siempre que regresaba de alguna cacería me rodeaban todas, porque ya sabían que á esta le tocaba una liebre; á aquella un venadito; á la otra un pato; á la demás allá una perdiz y así por ese estilo, ninguna se quedaba sin su animalejo; naturalmente, como no tenían otro medio de agradecérmelo, me

daban abrazos y más abrazos y algunas ocasiones besos y más besos; pero esto no le gustaba á mi padre, ni á mí tampoco; así es que ni por Dios ni por los santos me dejo besar desde hace seis meses.

—Oh, alma cándida!—murmuró doña Honoria de Clavijo.

Rosalbo continuó:

—Si ustedes supieran la puntería que tengo! Y díganme niñas, cuál es la caza más abundante en esta ciudad?

Lorenza se echó á reír diciendo:

—La caza más abundante? nosotras!

—Cómo nosotras?

—Nosotras las muchachas.

—Qué iniquidad! Yo creí que esa cacería estaba prohibida! Me alegro de no haber traído mis escopetas porque se me podía haber antojado tirarle á alguna de ustedes y me muele á palos papá si llega á saberlo!

—Es el caso, mi querido primo, que en las ciudades, cuando los jóvenes no se atreven á cazarnos á nosotras, somos

nosotras las que los cazamos á ustedes.

Rosalbo frunció el entrecejo con aspecto de desconfianza y exclamó:

—Ya siento los perdigones en la espalda!

—No te aflijas, Rosalbo, que mientras estés á nuestro lado, nadie se atreverá á dispararte.

—¡Oh, por Dios, no me abandonen ustedes, ni de noche ni de día!

—De noche sí, porque de noche no corres ningún peligro, pero de día....

—Dios mío! Qué monstruosa cacería!

IX

Dos cosas tenían sumamente preocupada á doña Honoria de Clavijo, á saber: la orden de captura librada contra su amado Lindoro y la educación, digámoslo así, de su sobrino Rosalbo.

En cuanto á lo primero, no había más remedio que sufrir, llorar y esperar; en cuanto á lo segundo, ya había comenzado á complacer á su hermano,

poniendo á Rosalbo en manos de un sastre parisiense.

Veinticuatro horas habían bastado para que Rosalbo quedara hecho un figurín. Con dificultad se hubiera encontrado en cien leguas á la redonda un tipo de elegancia más acabado.

Doña Honoria no andaba desacertada al comenzar á pulir á su sobrino por encima.

Un traje nuevo infunde respeto.

Ya era, pues, tiempo, de proceder á abrirle los ojos al joven campesino; ya era tiempo de ponerlo al corriente de las exigencias sociales; de darle los mil y un consejos para que no cayera en ridículo á la primera de cambio.

Pero no era eso todo: por boca del mismo Rosalbo había sabido la de Clavijo que aún no había hecho aquél la primera comunión.

¿Qué tía medianamente católica consentiría en albergar en su casa, sin poner en peligro la salvación de su al-

ma, á un sobrino que aún no ha hecho la primera comunión?

Nó: doña Honoria de Clavijo aunque anarquista implacable, no era de esas.

Primero la religión y después la sociedad, pensó doña Honoria; y guiada por su piadoso entusiasmo, se dirigió á la habitación de su sobrino, con ánimo de hacerle comprender, en pocas palabras, la obligación en que estaba de hacer exámen de conciencia y aprender á rezar el yo pecador.

Cuando la tía penetró en la habitación, su hija Lorenza hallábase al extremo de una escalera, ocupada en colgar una cortina.

Rosalbo, temeroso de que su prima sufriera una caída, habíase colocado al pie de la escalera para evitar una desgracia.

—Todavía seguimos embelleciendo el gabinete?—preguntó la señora con muestras de impaciencia.

—Solo nos resta colocar estas corti-

nas —respondió Lorenza inclinándose graciosamente.

El hijo de don Escolástico Alpargata se sentía tan bien y estaba tan distraído mirando hacia arriba, que no se apercibió de la llegada de la tía hasta que la oyó hablar á su retaguardia.

—Niño? qué miras?—díjole con sequedad la tía.

Rosalbo era ingénuo y su respuesta tenía que ser igualmente ingenua.

Y así dijo:

—Miraba pasar una blanca nube.

—Una nube? mientes!

—Sí, mamá!—exclamó Lorenza—una nube de encajes. Ya sabe usted que hoy las modistas, aún en prendas que no son para lucidas en paseos, ni mucho menos, hacen derroche de encajes.

Rosalbo agregó con aire reflexivo:

—Al través de esa nube, ví cruzar algo así como una mariposa negra.

—Tengo que hablarte de un asunto importantísimo—díjole doña Honoria

cogiéndole por un brazo y llevándoselo á un sofá.

—Vamos á ver, tía, vamos á ver....

—Es indispensable que dejes de ser hereje: que te confieses.

—Está bien, tía; que venga el señor cura.

—Eso no puede ser: eres tú el que debe ir donde él está.

—Con mucho gusto: pero y si en el camino......

Aquí Rosalbo hizo ademán de apuntar con una escopeta.

—Esas son cosas que te han metido en la cabeza las niñas: no hay tal cosa muchacho!

—Conque no me cazarán? En ese caso estoy á su disposición.

—Así me gusta!

La tía se levantó y dirigiéndose á Lorenza:

—Tú quedas encargada de enseñarle el yo pecador!

—Muy bien, mamá!

El sobrino:

—Y Teodorita, ¿qué es lo que me va á enseñar?

—Lo mismo que Lorenza—dijo la tía; y se marchó.

X

No se atavía con más esmero una novia próxima á ir al altar, como se atavió Rosalbo, con el auxilio de sus primas, la mañana en que debía hacer su primera comunión.

Era blanco su traje como la nieve: en su brazo izquierdo ostentaba un enorme lazo de ancho listón madre perla.

Sus pies, que no eran ni grandes ni pequeños, quedaron prisioneros entre unas botitas de albísimo raso, más suaves que los pétalos del nardo.

Una de sus manos enguantadas, que dicho sea de paso, semejaban dos blancos lirios por Favonio agitados, sostenía un devocionario con pasta de marfil.

Todo su sér despedìa un suave olor de reseda.

El coche de la familia esperaba á la puerta.

Rosalbo fué el primero en subir á él; después doña Honoria y por último sus hijas.

En pocos minutos llegaron á la iglesia.

La concurrencia en el templo era excesiva; esto no obstante, todas las damas, al ver aproximarse á Rosalbo, procuraban hacerle campo para que llegara sin dificultad á ocupar su puesto entre los fieles que esperaban la comunión.

En aquellos momentos más de mil hermosísimos ojos estaban fijos en Rosalbo; lo cual quiere decir que más de quinientas vírgenes se habían olvidado momentáneamente de la oración para consagrarle á él todo su pensamiento.

Las de Clavijo comenzaban á ser envidiadas.

Ellas así lo comprendían y rezaban con más fervor que nunca.

XI

Para festejar dignamente á Rosalbo, con motivo de su primera comunión, las de Clavijo habían preparado un almuerzo, al que fueron invitadas algunas señoritas pertenecientes á lo más granado de la sociedad de N***.

Sentáronse á la mesa quince fresquísimas rosas, entre las cuales descollaba como una cándida azucena nuestro joven Rosalbo.

Este, tímido y confuso, las miraba á todas en general y á cada una en particular, como para convencerse de que todo aquello no era un sueño.

De pronto tropezaron sus ojos con los de Lorenza y una leve sonrisa contrajo sus labios.

Esa sonrisa quería decir: "Confío en tí: no permitas que estas niñas hagan uso de sus escopetas."

Las quice rosas hablaban y comían á un mismo tiempo: Rosalbo las escucha.

ba silencioso, pero comía más que todas ellas juntas.

Por fin una rubia de ojos negros le dirigió la palabra en estos términos:

—Caballero Rosalbo: no le hemos visto á usted en los paseos ni una sola vez..

—Ciertamente—dijo el mancebo—no me han visto ustedes en los paseos, porque no he salido á paseo ni una sola vez.

La de los ojos azules continuó el ataque:

—Tan pocos atractivos—dijo—tiene para usted nuestra ciudad ?

—Para un campesino, señorita, no hay ciudad sin atractivos: usted misma es un atractivo.

Lorenza comprendió que su primo corría peligro y procuró darle otro rumbo á la conversación, diciendo:

Una de estas noches vamos á llevar al teatro á Rosalbo: segura estoy de que en la ópera va á encontrar más atractivos que en ninguna otra parte.

Pero otra rosa, quiza la más fresca de todas, como que apenas tenía quince años, exclamó:

—Caballero Rosalbo! Mamá quiere conocerle á usted: quiere que honre nuestra casa con su presancia. La pobrecilla no puede venir porque que está hidrópica.

—Mañana tendré el honor....

No pudo Rosalbo terminar la frase porque otra moza lo interrumpió diciendo:

—Caballero Rosalbo! Mi papá desea obsequiar á usted con un concierto casero, en el que tomaremos parte todos los de la familia, inclusive él con su monacordio.

—Pasado mañana tendré el gusto de complacer á su señor padre...

—Mi tío el cura desea comer con usted—porfirió una moréníta vestida de verde.

—Dentro de tres días quedará satisfecho el señor cura.

—Mis hermanas, señor Rosalbo, están impacientes por estrechar la mano de usted—dijo una señorita cuyo seno rivalizaba con las pirámides de Egipto.

—Señorita, dentro de cuatro días, si Dios me conserva la vida, me daré el placer de ponerme á los piés de sus estimables hermanas.

En esto un criado imprudente se acercó á la mesa y puso en manos de Doña Honoria un telegrama que decía así:

"Querida hemana: Tentativa de robo; " asustado; mándame Rosalbo inmedia- " tamente; calambres estómago. *Esco* " *lástico Alpargata.*"

Al terminar la lectura doña Honoria exclamó con lágrimas en los ojos:

—Se nos va!

Nadie se quedó sin leer el telegrama, y era de ver cómo se humedecían los ojos de las niñas y cómo temblaba el papel entre sus manos diminutas.

Rosalbo fué el último en leerlo; pidió

permiso para retirarse y salió de la estancia notablemente preocupado.

La reunión se disolvió en seguida.

XII

La habitación de Rosalbo se comunicaba con la de Lorenza por una puerta de opacos cristales que nunca se cerraba.

A qué cerrarla, si la cubría completamente una roja cortina de damasco?

Además, nó era Rosalbo un angel? Nó era Lorenza una virgen incapaz de consebir malos pensamientos?

Si cerraran la puerta no pudieran nuestros jóvenes conversar en voz baja, como lo hacían todas las noches, cada cual desde su lecho.

Para evitar odiosas suspicacias, escuchémosles.

La primera noche:

—Cuántos años tienes, Rosalbo?

—Cumplí diez y nueve el día de santa Rosalba, y tú?

—Yo diez y siete el día de San Lorenzo.

—Y tu hermana Teodora?

—Ella cumplió diez y seis el día de San Teodoro mártir.

—Y mi tía Honoria?

—Cuarenta; pero no conviene que se lo digas porque se enojaría.

—Le diré que tiene cincuenta!

—Dios te libre!

—Pues no le diré nada.

—Es lo mejor.

—Tienes mucho sueño?

—Ni mucho, ni poco.

—Yo sí, prima mía, con tu permiso, me voy á dormir.

—Ya te persignaste?

—Por dos veces.

—Que pases feliz noche!

—Hasta mañana!

***

La segunda noche:

—Cuántas novias tienes, Rosalbo?

—No hay novias en el cortijo.

—Me alegro.

—Por qué te alegras ?

—Porque no me gustaría que quisieras á ninguna.

—Y para qué sirven las novias ?

—Unas veces para pasar el tiempo y otras para casarse con ellas.

—Y para qué se casa uno con ellas ?

—Para tener familia.

—Y para qué otra cosa ?

—Para vivir juntos en una misma casa.

—Y para qué otra cosa ?

—Para que los cuiden cuando están enfermos.

—Y para que otra cosa ?

—Duérmete, Rosalbo; no me hagas más preguntas sobre el particular.

***

La tercera noche:

—El día de hoy he sido muy feliz, Rosalbo !

—Por qué, Lorenza ?

—Porque no te has separado de mí, sino pocos instantes.

—Ah, sí! fuí á traer la escalera!

—Eso es!

—Oyeme, Lorenza, tengo que darte las gracias por haber colgado en esta ventana unas cortinas tan bonitas.

—Y yo á mi vez tengo qué dártelas á tí por haber detenido la escalera.

—Dime, prima, por qué será que desde que te ví colgando las cortinas me gustan más tus ojos?

—Nada más que mis ojos?

—Y tus brazos.

—Nada más?

—Y tus piés.

—Nada más?

Y tus... duérmete Lorenza: no me preguntes nada más sobre el particular. Buenas noches!

***

La cuarta noche:

—Estás despierto, Rosalbo?

—Sí, Lorenza, qué me quieres?

—Continúas haciendo exámen de conciencia?

—Sí, prima mía.

—Rosalbo, hazme un favor: llámame así: angel mío!

—Pues bien, angel mío, aigo haciendo exámen de conciencia y cada vez descubro más pecados en mi vida.

—Dime uno de tantos pecados.

—El de haberle dado tres puñetazos á un aldeano que le dió un puntapié á mi perro.

—Dime otro.

—El de haberme negado á dar una limosna cierto día.

—Dime otro, pero no lo pienses mucho!

—El de haberme olvidado de mi padre y de mi tía, por estar pensando en tí.

—Yo también peco por ese lado; yo me he olvidado de todo y de todos por pensar en tí. Hasta de mí misma me he olvidado!

—Esto sí que no hay qué decírselo al cura!

—De ninguna manera! Yo nunca he pasado de decirle al cura tres ó cuatro simplezas para salir del paso. Bonito sería que yo les contara mis intimidades á esos hombres!

* * *

La quinta noche:

—Lorenza?

Silencio profundo.

—Lorenza, angel mío, estás dormida?

El mismo silencio.

Rosalbo se estremece: su prima no le responde: estará muerta?

Presa de terrible angustia salta del lecho, enciende una bujía, se pone su bata de indiana y rápidamente se dirije á aquella puerta que no se cierra nunca; levanta la cortina de rojo damasco y con la bujía en la mano penetra en la alcoba de su prima.

No: Lorenza no está muerta: está dormida; lo dice la agitación de su casto seno que mal cubren los encajes de su camisa; lo dice su respiración acompasada y tranquila y lo dice también el rosado color de sus mejillas.

Rosalbo, con los ojos fijos en su prima,

permanece un buen rato como clavado enmedio de la estancia.

De pronto, como impelido por una fuerza irresistible, se aproxima al lecho de Lorenza, y la besa en la boca.

Y como si aquel beso pusiera susto en su espíritu, retrocede tan pronto como lo ha dado y se vuelve á su dormitorio rezando el yo pecador.

Allí despójase á toda prisa de su bata de indiana, métese ligero entre las sábanas, mata la luz de un soplo y continúa su interrumpido exámen de conciencia.

Lorenza abrió los ojos en el instante mismo en que su primo desaparecía tras la cortina de damasco y exclamó para sí:

—No creí que fuera tan atrevido: desde hoy me prometo tenerle miedo.



La sexta noche:

No queremos que corra impura la cristalina fuente de nuestro relato; hemos llegado á un punto en que era facil enturbiarla, más la pluma modesta pero honrada, no osará provocar rubores inú-

tilmente. Pasaremos, pues, por alto aquella noche, que bien podríamos llamar noche de estreno, valiéndonos del término empleado por los cómicos cuando representan por la primera vez algún drama sangriento.

***

La séptima noche:

—El telegrama de tu padre ha venido á herirme mortalmente.

—Te he prometido volver y volveré.

—Lo dudo mucho: el hombre es el más ingrato de los animales.

—He dicho que volveré.

—Júramelo.

—Lo juro.

—Júrame también que aquella rubia en quien tú hallaste tantos atractivos esta mañana, no tiene ninguno.

—Lo juro!

—Y que la del vestido verde te importa un bledo.

—Lo juro!

—Y que todas esas coquetas que con mil pretextos te invitaban á visitar su casa, te son odiosas.

—También lo juro!

—Ahora sí, ya puedo quedar tranquila... Pero y las campesinas?

—También lo juro!

—Esa no es una contestación: quería preguntarte que si á tu llegada al cortijo piensas dejarte abrazar de todas ellas.

—No lo creas, Lorenza, no lo creas!

—Rosalbo, Rosalbo, haz aprendido tantas cosas en siete noches!

—Lorenza, apaguemos la luz.

XIII

A su regreso al hogar, Rosalbo encontró á don Escolástico Alpargata con un humor de todos los diablos. Verdad es que durante su ausencia no pocas cosas desagradables habían ocurrido en el cortijo. Con voz temblorosa referíale el anciano que hacía dos noches, media docena de bandoleros, encabezados por un individuo llamado Lindoro Rosicler, habían intentado desenterrar el tesoro de la higuera; que con el auxilio de algunos campesinos bien armados había conseguido dispersar á los malhechores y hacer prisionero á su cabecilla; que

este se hallaba por pronta providencia encerrado en un departamento de la casa, atado por los piés y pendiente de una viga, ni más ni menos que si se tratara de un racimo de plátanos verdes.

—Conozco á ese pájaro de cuenta—profirió Rosalbo—la policía de N*** le busca con empeño, no solamente por ser un anarquista de los más desalmados, sí que también por haberme robado la mula y el dinero.

—Ya lo sabía—replicó tristemente don Escolástico.

Y luego sacando de su faltriquera varios papeles entre los cuales había dos fotografías, añadió:

—Aquí debe estar el telegrama que me dirigió tu tía Honoria comunicándome la noticia.

Rosalbo al ver los retratos exclamó:

—Y esas dos fotografías de quién son?

Don Escolástico dándoselos al curioso:

—Este es el retrato de la madre de Lindoro; este otro, el de tu tía Honoria: los tenía el ladrón en el bolsillo de la pistola.

Rosalbo se puso á examinar el retrato de su tía.

—En efecto—dijo—aquí está ella! Cómo se refleja en su semblante la piedad en que rebosa su alma!

—Te autorizo para que leas la dedicatoria.

Rosalbo leyó:

"á mi cuerido lindo oro rrosicler, el
" maz adoravle de los onbres al dulse
" dueño de mi corason y de mi bida su
" adodoradodora *Onoria*."

—Qué significa esto?—preguntó Rosalbo sin dejar de contemplar el dorso del retrato.

—Esto significa, hijo mío, que, como dijo el otro, tu tía Honoria está enferma del sistema virtuoso.

—Pero en qué estaría pensando don Senotafio cuando le dió permiso á mi tía Honoria para escribir estas frases tan tiernas?

—Qué permiso ni qué ocho cuartos! Cuando las mujeres se dedican á esa clase de literatura no le piden permiso á nadie, como que lo hacen cabalmente cuando quieren engañar á su marido.

—¡Ah, se trata de un engaño!

—Mi pobre cuñado ha permanecido en algún lejano río, entregado á los placeres de la pesca, todo el tiempo que Honoria necesitaba para dejarse pescar. Dime ahora, nó he procedido cuerdamente al llamarte con tanta prisa? Claro es que sí! Aquí en el campo no hay Honorias que con su mal ejemplo te corrompan. He cambiado completamente de modo de pensar: ahora todo mi deseo es qué sigas siendo el mismo animal de siempre y... he dicho!

—Eso me parece un poco dificilillo papá. Oiga lo que me dijo mi tía Honoria poco antes de despedirse de mí: "dile á tu padre que vuelves á su seno corregido y aumentado: que no tuviste tiempo bastante para lucir todas tus habilidades, pero que hiciste todo lo humanamente posible por aparecer á mis ojos como un perdido."

Don Escolástico hace un movimiento de sensación.

Su hijo continúa:

—"Dile á tu padre que lo sé todo, que aquí queda mi pobre Lorenza llorando

inconsolable la pérdida de su inocencia.”

—Calumnia!—exclamó don Escolástico revolviéndose en su asiento.

Rosalbo prosigió:

—“Dile á tu padre que confío en su acrisolada honradez; que no quiero armar la de Dios es Cristo porque soy enemiga del escándalo; conviene que la ropa sucia se lave en casa: que se dé modos de arreglar pacíficamente tu casamiento, pues creo que para el delito que has cometido, no hay castigo más adecuado que el matrimonio.”

—Ira de Dios! Y es cierto todo lo que me has dicho?—vociferó don Escolástico precipitándose sobre su hijo y cogiéndolo por el cuello.

—Es cierto!— respondió el mancebo con voz apagada.

—Que te estrangulo bribón!

—Papá, si yo no he tenido la culpa!

El padre después de reflexionar cinco minutos exclama:

—Ciertamente: aquí el culpable soy yo.

Y el señor Alpargata al proferir estas palabras, soltó á Rosalbo y se dejó caer en un sillón.

Hubo un momento de silencio.

—Bien mirado—dijo Rosalbo—ni usted ni yo ten mos la culpa de esa desgracia, pues si mi tía Honoria hubiera cerrado con aldaba la puerta de cristales que comunicaba nuestras habitaciones...

Don Escolástico reflexionó otros cinco minutos y luego replicó:

—Hombre, hombre, á mi humilde juicio no es Honoria quien ha tenido la culpa, más bien es Senotafio, pues si él estuviera en su casa cumpliendo con sus deberes de honrado padre de familia, habría sido más precavido, y nunca consintiera en que se te destinara una habitación tan comprometedora; antes te hubiera puesto á dormir en el granero ó en el pesebre.

Rosalbo después de meditar un instante:

—Y, dígame, p-pá, no sería más justo hacer responsable de mi temerario ardimiento á Lorenza? Porque yo creo qne una niña que ya está en edad de saber dónde le aprieta el zapato, debiera ser un poco más casta.

—En fin! errores son del tiem,o y

no de España!—dijo don Escolástico levantándose—ahora ya no hay remedio: dime sin rodeos, si estás dispuesto á casarte con Lorenza.

—Es mi deber, papá: y aunque no lo fuera, me casaría también: yo sé por qué lo digo!

—Ah, pillo!

—Papá, somos de carne!

—Pues no hay qué dejar enfriar el caldo: mañana salgo muy temprano para N*** y todo se arreglará á medida de tu deseo. Ay, Rosalbo! ya no te conozco: eres un hombre de mundo!

—Las mujeres de las ciudades, papá, saben más que todos los sabios juntos: solo estando en contacto con ellas puede uno abrir bien los ojos.

XIV

Al siguiente día, tan luego como su padre se hubo marchado, Rosalbo se dirigió al cuarto donde se hallaba cautivo el amante de doña Honoria. No quiso, sin embargo, entrar directamente y se limitó á dirigirle la palabra desde una ventanilla.

—Felices pascuas, señor desenrerrador de tesoros!

—¿Quién habla?—preguntó con voz débil el fascineroso.

—Yo, el sobrino de mi tía.

—Qué tía?

—Mi tía Honoria, su adorado tormento de usted.

—Esa voz... Pero es usted Rosalbo? Qué gusto tan grande me proporciona usted!

—Permítame que lo dude. No puedo creer que sea capaz de sentir gusto un hombre que lleva cuatro días y cuatro noches de estar patas arriba.

—La verdad es que al escuchar su voz y recordar nuestra antigua amistad, una inmensa tristeza se ha apoderado de mí.

—Eso también es mentira: usted no está ni triste ni alegre: lo que tiene es miedo de ir á la cárcel. El que la debe la teme. Y dígame don Lindoro, cuándo piensa devolverme la mulita y los paquetitos aquellos?

—Nó sé qué responder á fé mía. Lo

mejor será que enterremos eso en el polvo del olvido.

—Para desenterrarlo en seguida? Oh, mi amigo! Usted tiene más mañas que mi yegua normanda!

—Yo estaba ofuscado, yo estaba ciego cuando cometí aquella acción tan vituperable!

—Otra mentira! El ciego era yo, don Lindoro: yo que por mi inexperiencia no pude comprender que me las había con un caco de levita.

—Esas palabras caen en mi corazón sensible, como gotas de plomo derretido: usted me trata como á un perro sarnoso.

—Así dígale al marido de mi tía Honoria cuando le esté midiendo las costillas con su caña de pescar.

—Perdón! Estoy arrepentido! Lo juro por mi honor!

Ya era tarde: Rosalbo habíase retirado de la ventanilla para ir en busca de sus campesinas. Y un momento después hallábase rodeado de todas ellas, repartiendo besos y abrazos que era una bendición de Dios.

XV

Al cabo de un mes y medio de ausencia, don Senotafio había vuelto al lado de los suyos, y llegó casualmente pocas horas más tarde de haber partido Rosalbo.

Hacía, pues, dos días que el pescador de caña hallábase disfrutando de las falsas caricias de su esposa, cuando se presentó don Escolástico Alpargata con el doble propósito de pedir para su hijo la mano de Lorenza y de darle una leccioncita de moral á doña Honoria de Clavijo.

Don Escolástico fué recibido con general alegría por la familia Clavijo.

Como si nada desagradable hubiera ocurrido, doña Honoria fué la primera en abrazar á su hermano, después don Senotafio y por último las niñas.

El señor Alpargata no se anduvo con circunloquios: en dos por tres explicó el objeto de su visita y no tardó en obtener lo que deseaba. La boda quedó concertada para de ahí á quince días.

Cuando quedaron solos, don Escolás-

tico y su cuñado, después de cambiar algunas frases, aquel sacó de su bolsillo los retratos que ya conocemos y los puso en manos de este, diciendo:

—Soy hombre de pocas palabras: este es el retrato de la coqueta: este otro es el de la madre de tu rival y... he dicho!

Al contemplar aquellas fotografías el rostro de don Senotafio tomó la expresión del pasmo.

—Esta es la madre de mi rival?—murmuró abriendo tamaños ojos.

—No lo dudes: esa es la madre del más terrible anarquista que se conoce en todo el país.

—Es, pues, un anarquista mi rival?

—Y ladrón por añadidura.

—Caspitina! y qué edad, poco más ó menos, tiene ese sátrapa?

—Treinta años.

Don Senotafio se rascó la punta de la nariz y dijo bajando la voz:

—Hay cosas increibles, Escolástico; escucha mi secreto: yo no he sido siem-

pre la mansa paloma que ahora miras: allá en mis pícaros días fuí el pié de Judas: un hijo por aquí, un hijo por allá: ya me comprendes: una amenaza para las doncellas... pues bien, una de tantas víctimas es esta, cuyo retrato llega en estos momentos á mi poder por un decreto divino: se llamaba Canuta Rosicler y cometí la infamia de abandonarla y retirarle mi protección cuando mi hijo apenas tenía seis meses de haber venido á este valle de lujuria.

—Eres más descarado de lo que yo te creía, Senotafio.

—Te aseguro que de lo único que me acuerdo es de que el chico era muy llorón y de que se llamaba Lindoro.

—Pues cuñado de mi alma, allá en el cortijo, si es que aún no se ha muerto de hambre, tienes á tus órdenes á tu retoño.

—No faltaría más! Ahora más que nunca deseo que ignore quien es su padre.

—Haz como quieras; pero al menos dile á tu esposa que si quiere tener amores adúlteros, se tome el trabajo de averiguar si son ó no hijos tuyos sus pretendientes.

Con esto terminó la entrevista. Don Escolástico se despidió acto contínuo de toda la familia, prometiendo volver con Rosalbo en su oportunidad.

XVI

—Cumple á una señora decente escribir esta clase de mamarrachos?—preguntó á su esposa don Senotafio mostrándole la dedicatoria.

—No, á fé mía—respondió ella sin inmutarse—pero es de gente de alma, de gente sentimental, expresar lo que piensa y lo que siente, en la forma que le dé la gana.

—Fíjate en que lo que has escrito es muy colorado, Honoria!

—Es mi color predilecto!

—Pero se te ha ido la pluma demasiado lejos. Cualquiera que lea esas líneas, pensará que estás enamorada de ese terrible anarquista.

—Que digan lo que quieran!

—Además, ese hombre es un ladrón. Después de robar el dinero y la mula á mi futuro yerno, ha querido robarle á mi cuñado cierto tesoro que tenía enterrado al pié de un árbol.

—Fábula! Pura fábula!

—Toma tu fábula!-exclamó don Senotaño alargándole á su mujer el retrato de la difunta madre de Lindoro—qué te parece?

—Me parece muy fea.

—Pues á mí me pareció muy linda en otro tiempo.

—Pero á qué viene todo esto?

—Todo esto viene á que esa fotografía tiene su historia. Bien se vé que Lindoro, á pesar de ser un anarquista genuino, aún no ha perdido el amor filial. Ese retrato se le ha encontrado, juntamente con el tuyo, en el bolsillo de la pistola: anarquista al fin! Fíjense tus ojos criminales en las líneas que están al pié de la cartulina!

Doña Honoria leyó con desenfado:

"a mi higo Lindororo, un recuerdo " de su Madre Cañuta rosicler."

—Esto solo me prueba que Lindoro tuvo madre—argulló la esposa infiel-quién nó la ha tenido en este mundo?

—Sí, pero lo que tú no sabes es que, gracias á esa fotografía, he descubierto que Lindoro Rosicler es hijo bastardo de Senotafio Culebrina y Clavijo.

—Disoluto!—gritó doña Honoria—y por qué no me lo dijiste más antes? Me lo dices ahora que ya todo se ha consumado!

Don Senotafio, que no era muy fuerte de entendederas, no comprendió el verdadero sentido de las palabras de su mujer, y replicó sonriendo:

—No lo creas: aún no se ha consumado todo; Lindoro está transitoriamente preso en casa de mi cuñado; se consus mará todo hasta que yo dé los paso necesarios para que lo ahorquen con todas las reglas del arte.

—Perdón para ese sublime discípulo de Cozolgoltz y de Angiolillo!-exclamó doña Honoria cayendo de rodillas á los piés de su esposo.

—Imposible!-dijo don Senotafio y salió de la habitación con paso de vencedor.

XVII

Algún tiempo después de los acontecimientos que á la diabla hemos relatado, en cierta cárcel de la ciudad de N*** tuvo lugar la escena que pasamos á describir y que tal vez interese á nuestros lectores, por tratarse de Lindoro.

Es de noche. En una estrecha celda, sentado en tosco asiento de pino, los codos apoyados sobre una mesa, hállase Lindoro Rosicler leyendo un periódico de grandes dimensiones, á la incierta luz de fétido candil.

De cuando en cuando el preso suspende la lectura para encender la tagarnina que fuma con delicia y entonces pueden verse en su demacrado rostro las hondas huellas que en poco tiempo de cautiverio han impreso en él los padecimientos.

Cómo ha llegado el periódico á sus manos?

Por la letra y la pésima ortografía con que fué rotulado sabe Lindoro que se lo envió doña Honoria.

La tía de Rosalbo no lo olvidaba aún,

pero él la había olvidado ya: era otra su ilusión: Teodorita.

De pronto los ojos del preso tropiezan con una línea que en letras gordas dice:

BODA CLAVIJO-ALPARGATA.

—Esto me interesa!—murmuró acercándose más al candil.

Leamos nosotros también lo que leyó Lindoro entre sonrisas é interjecciones:

"Correspondiendo á la galante invitación que nos hicieron, por medio de atenta tarjeta, el ilustrado caballero don Senotafio Culebrina y Clavijo y su respetable consorte la virtuosa matrona doña Honoria de Clavijo, asistimos anoche á la soberbia fiesta nupcial que, con motivo del enlace de la bella señorita Lorenza Clavijo con el cultísimo y talentoso joven don Rosalbo Alpargata, se dió en la residencia de la familia Clavijo."

"Lo más culto de nuestra sociedad estaba allí reunido: prueba inequívoca de que la virtud tiene siempre admiradores, y el talento entusiastas."

Aquí Lindoro lanzó una carcajada dig-

na de resonar en el *Hotel Nuevo Mundo* y no en la triste celda de una cárcel; y siguió leyendo:

"La novia estaba deslumbradora; nunca la corona de los simbólicos azahares, ornó frente más pura."

"Don Senotafio Clavijo y Culebrina hizo á los postres verdadero derroche de elocuencia."

—¡Elocuencia!—dijo Lindoro en el colmo de la hilaridad—elocuente semejante burro!

Y siguió leyendo:

"En la imposibilidad de hacer una crónica detallada del acontecimiento social á que hemos consagrado estas breves líneas, séanos permitido consignar que el baile de anoche ha superado en mucho..........

El preso no pudo continuar la lectura porque se apagó el candil.

Buscó entonces á tientas el jergón que le servía de lecho y se acostó diciendo.

—Juro por las cenizas de mi padre que al salir de este encierro me robo á Teodorita, mal que le pese al elocuente Senotafiō Culebrina y Clavijo!

Esta vez Lindoro no juró falso: andando el tiempo logró aduañarse del tierno corazón de Teodorito; la enamorada joven huyó con él cuando menos se esperaba y fué feliz al lado de su perdido.

Nunca supieron los tortolitos que eran hermanos.